


Un hermoso día

MOLLIE PANTER-DOWNES

Traducción de Itziar Hernández Rodilla

gatopardo ediciones 

Título original: *One Fine Day*

© Mollie Panter-Downes, 1947

© de la traducción: Itziar Hernández Rodilla, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: ilustración de Henry George Gawthorn (ca. 1930)

Imagen de solapa: *Cosmopolitan* (1924), fotógrafo desconocido

ISBN: 979-13-991406-1-3

Depósito legal: B 9680-2026

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cierto es que hemos visto mejores días.

SHAKESPEARE, *Como gustéis*

Iba a hacer calor.

El pueblo no quedaba lejos del mar. Los excursionistas que subían con esfuerzo la pista de creta entre las dedaleras y los retorcidos espinos hacia la cima de Barrow Down podían verlo, como el borde azul grisáceo de un plato verde, con la diferencia de que Wealding volvía la espalda del azul al verde, cuya frondosidad acogedora quedaba al abrigo de un círculo de bajas colinas. Aquí, la presencia del mar se sentía solo como una especie de vibración salada en el aire, como un reloj que, marcando las horas en el bolsillo, recordaba al marinero de agua dulce su destino de hombre de tierra firme. Bañado en la luz verdosa de los grandes árboles bien espaciados, robles y olmos y fresnos, el campo parecía el parque de un terrateniente. Cuando hacía calor —el sol filtrándose a través de las hojas, los ranúnculos vomitando un arsénico brillo—, las vacas se veían a veces como bestias verde Nilo sacadas de un cuadro impresionista. El parque del terrateniente parecía haber visto mejores días. Algunos troncos talados yacían donde habían caído, las barandillas estaban combadas y los setos se habían convertido en formidables barreras

de escaramujo y espino albar que retoñaban hacia el cielo. También en el pueblo había señales de algún tipo de actividad, tal vez de una idea o una emoción. Algo había sucedido, de manera que la sustancia en la que Wealding llevaba tanto tiempo embalsamado —el perfecto pueblo en áspic, a la vista del cual los automovilistas pisaban el freno, los felices artistas plantaban sus caballetes, los ciclistas desmontaban y compraban en la oficina de Correos tarjetas postales para enviar a sus sobrinas— se había cuajado levemente y mudado de color, como afectada por una racha sin precedentes de tiempo tormentoso. Esa paz perfecta era, en resumen, una impostura. Las volutas de alambre de espino se aherrumbraban entre las acederas a modo de recordatorio. Esos sacos de arena que vertían sus tripas empapadas desde el viejo fuerte entre los helechos, esos crespos tallos del espatifilo que asomaban en el desierto jardín de la quinta bombardeada recordaban los días en que la cercanía del mar no era un calmoso reloj que marcaba las horas en el bolsillo, sino una impertinente pregunta que no dejaba de gritar en el cerebro: ¿cuándo? ¿Cuándo? El peligro había pasado. Wealding, sin embargo, había sido invadido. La inquietud hacía que las encantadoras e insalubres quintas pareciesen insustanciales, como rosas pintadas sobre el telón de lona de una opereta; la inseguridad flotaba en el ambiente con la voz de la radio, que había introducido el gusano del mundo exterior en el cerrado pimpollo de Wealding. No sabía, no podía decir qué pensar. La casona se erguía vacía y cerrada a cal y canto. Los jardines de las casas más pequeñas saludaban hechos maleza; las cabras estaban atadas en los prados antaño pulcros, cada temporal sacudía y tiraba algunas tejas del siglo xv, o destrababa los diamantes de vidrio soplado de los ventanucos.

Pero a la primera luz de la mañana, visto desde la cima de Barrow Down, el tropel de casas grises y rosa y color crema se limitaba a ser pintoresco. Allí arriba, hacía mucho que el hombre había perdido la batalla ante los verdes ejércitos de helechos, las dedaleras invasoras, los conejos y las urracas. Bajo la hierba alveolada, unos bultos marcaban la ubicación de viejos apriscos para hombres y bestias donde el ganado había mugido y el humo de pequeñas hogueras había escrito «Mañana» y «Hambre» en el cielo. De tarde en tarde, los niños de Wealding encontraban un antiguo sílex enterrado bajo las cagarrutas; los amigos masticaban su merienda de huevos duros entre fantasmas. En primavera, las violetas perrunas salpicaban de laguitos azules la hierba descolorida, seguidas luego por las garbancilleras blancas y rosa, limpias como cretona espigada, y los grandes candeleros de la hierba jabo-nera. Allí arriba, sobre la cima vacía, algo decía: yo soy Inglaterra. Yo permaneceré. Las explosiones en el valle, los estruendos amortiguados y los fogonazos distantes, mar adentro, habían sonado remotos como las voces de niños que pelean en un rincón apartado, en frescas habitaciones de techos altos de una casa antigua que pronto abandonarán. Pero la casa decía: seguiré en pie cuando vosotros seáis polvo. Los conejos, vigilantes, escapaban siempre a los alvéolos de la tierra con una farandola de cientos de rabbitos peludos cuando los ecos se apagaban, golpeando las colinas como el palo de algún pilluelo una barandilla, y la columna de humo se alzaba densa y negra desde el valle.

Aquella mañana reinaba la calma. La guerra había terminado. Los conejos roían la hierba húmeda y la alondra se alzaba en el aire brillante, cada vez más alto, más alto en la espiral cristalina de su trino, ajena a la guerra o la paz, aceptando con júbilo la recompensa de un nuevo día.

El reloj del recibidor dio las ocho. Stephen Marshall sabía que estaba en hora, porque le había dado cuerda la noche anterior, y eso quería decir que tendría que salir en unos minutos. Sacudió los hombros, irritado. Con la taza en la mano y el ceño fruncido, miraba de pie el jardín.

—Qué horror, qué horror —repetía sombrío.

—¿Y qué vamos a hacerle? —dijo Laura.

Se levantó de la mesa del desayuno y se acercó a él. Victoria, aún sentada, observó sus familiares espaldas, curiosamente semejantes: larga y esbelta la de su padre; larga y esbelta la de su madre. Pero ahí acababa el parecido. Ella tenía el pelo muy rizado, una masa de tirabuzones que le cubría la cabeza. Stephen tenía el pelo liso y, justo en la coronilla, interesante descubrimiento, un rodalito más bien ralo por debajo del pelo. Victoria lo observó, fascinada, mientras masticaba un trozo de tostada con beicon.

—Voller trabaja fatal —estaba diciendo Stephen.

—Es demasiado mayor, pobrecillo —repuso Laura.

—Lo mismo da. Si Chandler pudiese ver el jardín ahora...

Chandler no podía, pues había muerto en Holanda.

El jardinero había muerto, qué ironía, en el paraíso de los jardineros, la tierra de las flores formadas en perfectas hileras de rosa y celeste y carnoso blanco. «A mi empleado se le dan bien las rosas», solía contar Stephen a los amigos que llegaban en coche a comer los domingos antes de la guerra. Podía oírse diciéndolo, recostado en su tumbona mientras echaba un vistazo perezoso con los ojos entrece-rrados a las adorables criaturas, cada una en su compartimento bordeado de boj: Angèle Pernet como albaricoques, sensuales Étoile de Hollande, las robustas matronas blancas de la Frau Karl Druschki, la seda tornasolada de las Shot Silk, los pétalos pálidos contra los oscuros, los perfectos pimpollos orgullosos entre las brillantes hojas. Entonces, los rosales costaban un chelín. ¡Y pensarlo ahora! Por una libra podías comprar veinte bellezas. A mi empleado se le dan bien las rosas, decía sin darle importancia, intentando no presumir demasiado de la suerte de contar con un Chandler mientras, desde la tumbona de enfrente, un invitado musitaba un cumplido. Y eso le gustaba, tenía que reconocerlo, aunque siempre añadiendo «es la tierra adecuada», como si así todo le viniera hecho. Y pasaban el rato, sentados, mirando las rosas, charlando, disfrutando del sol —¿era su imaginación, o todas las tardes de domingo de verano antes de la guerra había hecho calor?—, hasta que Ethel o Violet, muy elegantes con sus lindos uniformes, salían a llevarse la bandeja del café. Casi podía verlas, haciendo su entrada como si la encantadora sobremesa fuese un *ballet*, avanzando con leves pasos imposibles por el suave césped, levantando siempre la bandeja en aquella luz del sol perpetua de su recuerdo y llevándosela con un restallido de lazo de delantal, con un destello de grácil tobillo.

Tragó el último sorbo de té, aún mirando por la ventana.

—Parece casi resentido —dijo.

La vitalidad del jardín era, de hecho, monstruosa y en cierto sentido alarmante. Los parterres de rosas habían quedado sepultados por la hierba. Desde que había vuelto a casa, Stephen había liberado algunos, pero tan pronto como los limpiaba, los hierbajos los invadían de nuevo, sin descanso, retorciéndose, trepando, ahogándolos con horcas de fina fibra color hueso. El viejo Voller que, a última hora de la tarde, dos veces por semana, venía desde el pueblo en triciclo, colgaba despacio la chaqueta en un clavo del cobertizo, entre los ratones y las cebollas, se sonaba despacio la nariz con un pañuelo de algodón rojo y, asiendo su pala, bajaba sigiloso por el sendero... Al recordar su enloquecedora lentitud, Stephen volvió a sacudir los hombros de irritación. El viejo Voller no era competencia para siete años de hierbajos, años en los que solo Laura lo había ayudado a retirar un poco de barro con un desplantador. El resultado era una guerra vegetal a ultranza, una descarnada lucha entre plantas. Las flores desbocadas se comían unas a otras: las enardecidas tritomas devoraban a las calas, los ásteres se tragaban a la bergamota, las rosas engullían al jazmín. Lucían caníbales, asesinas, pagadas de sí mismas, con rabitos de verdes zarcillos colgando de sus mandíbulas. La feroz enredadera se deslizaba por encima de la malva loca hasta estranglarla. La amapola llena de volantes y la onagra se desplegaban aquí y allá, exultantes por la muerte de Chandler.

A menudo, el agobio de tener tanto que hacer y no contar con nadie para hacerlo se interponía entre Stephen y su trabajo en Londres, adonde ya era hora de que partiese. Mientras sujetaba el teléfono, garabateaba voraces orugas en un bloc de notas. Bajo su ventana, la lluvia tamborileaba en las baldosas negras como el hollín y él pensaba

en esas condenadas cosas verdes que brotaban, engullían y crecían como locas. Maldita sea, masculló, arrojando sus papeles sobre la mesa.

—Se me ha ocurrido en mitad de la noche —comentó, volviendo a su silla— que podríamos contratar al jardinero de los Cochrane, ahora que ellos se van, aunque solo fuese por un par de tardes, o tres, a la semana. Al joven Porter. No veo por qué no. Podrías pasarte por su casa y mirar si lo puedes arreglar, Laura, antes de que alguien se nos adelante.

—Está bien, lo intentaré. Hoy, en algún momento, tengo que ir a buscar a *Stuffy*.

—Ay, ¿no ha vuelto esta mañana?

Echó un vistazo al cesto del rincón.

—Estoy segura de que ha ido otra vez a ver a los perros del gitano en Barrow Down.

—Ay, señor —protestó él—, ¡más cachorros!

Recogió la factura del teléfono, que el cartero acababa de deslizar por la ranura del buzón, sobre el felpudo, con un ruidito tan desenfadado como si se tratase de una carta de amor. ¡Qué cantidad de llamadas a larga distancia!... ¿De verdad las habían hecho? El horrible total sugería que Laura se pasaba el día poniendo frenéticas conferencias a su familia en Cornualles, aunque, por supuesto, sin fijarse en que costaban un ojo de la cara. Laura era incorregible al teléfono, eso estaba fuera de toda duda. Divagaba, no prestaba atención a los avisos de tres minutos que estallaban en su oído. A Stephen le cruzó por la mente el deprimente pensamiento de que antes de la guerra, en la larga y soleada sobremesa dominical en la que parecía haberse condensado todo aquel tiempo pasado, no habría tenido que preocuparse por las facturas del teléfono ni por cómo pagarlas. Miró a Laura al otro lado de la mesa.

—Podías haber tenido un poquito de cuidado —dijo tajante.

Tal vez se refería a tener a *Stuffy* encerrada en casa, o al teléfono, o a cualquier otra cosa a la que ella pudiese entender que se refería. En el fondo, deploró haber usado ese tono descortés con Laura, un tono en verdad desagradable, delante de Victoria, que seguía comiendo impasible, sin prestar atención. Recordó la amigable contención que solía existir, al menos en apariencia, entre su padre y su madre. Si estaban irritados el uno con el otro, nunca lo demostraban. Y cuando llegaban a discutir, a los niños no se les permitía —ni a él ni a su hermano ni a su hermana— presenciar la terrible e increíble pelotera. Aunque era imposible, se disculpó al instante, mantener tal apariencia de educación en estos tiempos, cuando la niña estaba siempre con ellos, día y noche, cuando no había un brazo almidonado atento y capaz de ocuparse de ella y darles un poco de espacio para respirar, cuando ella tenía que arrebatarse su porción, por decirlo de alguna forma, del gran cuenco adulto de lo que fuese que hubiese a mano en cuanto a mezcolanza conversacional. La miró. Sus ojos se perdían al otro lado de la ventana, sin escuchar.

—Es muy irresponsable —añadió.

—Lo sé —admitió Laura.

Suspiró. Lo miró al otro lado de la mesa, con la frente arrugada. De pronto, todo comenzó a ir mucho mejor.

—Honor Farleigh llamó y entré corriendo del jardín para contestar al teléfono. Me olvidé por completo de *Stuffy* y la puerta.

—En fin —sentenció Stephen—, ya no hay remedio.

Se levantó, metiéndose la abominable factura del teléfono en el bolsillo. Era un misterio cómo, de pronto, todo era mejor, como si la irritación acumulada por ese jardín

convertido en selva, la factura del teléfono, y el hecho de que la perrita de Laura se hubiese escapado y pudiese quedarse preñada de nuevo, como si todo hubiese llegado a su punto crítico y se hubiese desinflado. El alivio fue, en verdad, extraordinario. Dio la vuelta a la mesa y besó a Laura.

—Tengo que irme —anunció—. Se me hace tarde.

¡Qué mañana! Más tarde haría mucho calor, pero ahora el rocío salpicaba las espigas grises de las clavelinas y las lilas colgaban como una deliciosa nube blanca en el aire puro. La gata estaba sentada con las patas muy juntas sobre la hierba sin segar y, de pronto, asomando una rígida pata negra, se recorrió la boca arriba y abajo, como tocando una melodía a la flauta. Por fin verano, pensó Stephen, ya era hora. Londres iba a ser un horno.

—Si Voller llega antes que yo —dijo—, dile que cubra las frambuesas con redes. Vamos a perderlas todas, ahora que los arrendajos se han lanzado sobre ellas.

Despeinó los pelillos rubios que se le habían escapado de las dos tiasas trenzas a Victoria en la nuca. Esa nuca, pensó, era aún muy infantil, inocente y enternecedora. Pero, en todo lo demás, el mundo la había alcanzado, vistiéndola de espantosa sarga azul marino y popelín blanco, tiñendo de recelo aquellos ojos de largas pestañas. Tenía diez años. ¿En qué piensa una niña de diez años?, se preguntó Stephen. No tenía ni la más remota idea, a pesar de que había unas cuantas oportunidades de averiguarlo. Si hubiese sido un chico, tal vez lo habría sabido. Cariñoso, le hizo cosquillas en la nuca, como si fuese un rodal de cálida piel tras las orejas de un gato.

—Adiós —lo despidió Victoria sin ceremonias.

Lo oyeron avanzar por el recibidor. El cajón de la mesita se abrió y se cerró, masculló algo, subió al piso de arriba saltando los escalones de dos en dos. Luego volvió a ba-

jar, asomó la cabeza por la puerta y le pidió a Laura que si le daba tiempo recogiese una cesta de uva espina.

—La llevaré a la oficina mañana para Johnson y la señorita Margesson: es imposible encontrar fruta en Londres. —Y, con un pie en la calle, se volvió para decir—: Manda hoy, por favor, otro anuncio al *Herald* de Bridbury, Laura. A lo mejor tienes suerte.

Y sí, entonces se marchó, cerrando de un portazo la puerta de casa. Al cabo de un par de minutos, oyeron el coche renquear, calarse y volver a renquear y luego escucharon el crujido de la grava bajo los neumáticos. Iba a Ashton, a tomar el tren rápido a Londres. La vivienda pareció mecerse, suspirar y volver a sumirse agradecida en el silencio. Laura y Victoria se miraron e intercambiaron una sonrisita femenina.

—Tú también tendrías que irte, Vicky —dijo Laura.

—Sí.

—No te olvides esta vez de tu estuche de música.

—Debo recoger un ramo de flores para la señorita Grant. Me toca.

—Vale, pero date prisa.

La gata, interrumpida en un movimiento difícil de su concierto de flauta, levantó una cabeza reptiliana y se quedó mirando a Victoria cuando salió al jardín. Entonces Victoria dudó. ¿Por dónde empezar? Partió unos tallos de lilas y una lluvia de pétalos cayó sobre ella. Avanzando despacio por el borde de las flores reventonas, rodeadas de malas hierbas, descabezó amapolas, lenguas de vaca, perifollo de color frambuesa, un pensamiento, dos clavelinas. Las convirtió en un ramo: se veían adorables. Miró el jardín. Era perfecto, pensó. Su madre y su padre jamás estaban satisfechos con él. «Qué horror, qué horror», decían, como si unas cuantas malas hierbas importasen

gran cosa. A ella le gustaba revuelto, con ese césped blanco de margaritas, con la vara de oro y el áster formando túneles de verde penumbra por los que una podía deslizarse sin problema. Pero en el mundo adulto, aislado al otro lado de un cristal, esas cosas contaban. Por un momento, reflexionó sobre la inexplicable querencia adulta por ordenar, cortar y aleccionar, por lavarse las manos y quitar pelos inocentes de las mangas de los abrigos, o sonarse la nariz delicadamente en el centro del pañuelo limpio y doblarlo luego... ¡Todo así!

—¡Victoria!

—¡Dime!

—El autobús —le avisó Laura, pasándole la cartera y el estuche de música a Victoria, que tenía las manos llenas de flores.

—Si vas donde el gitano esta tarde a buscar a *Stuffy*, ¿puedo acompañarte? —preguntó Victoria al vuelo.

—¿No ibas a tomar el té con Mouse Watson?

—Ah, sí. ¡Qué mal!

Podían oír el autobús de Bridbury a lo lejos, como un dragón que cruzase amblando el campo, sus estertores amplificadas por los altos terraplenes frondosos de los senderos por los que se acercaba, lleno de escolares, de campesinas que jugueteaban distraídamente con sus manos recogidas sobre las cestas y los bolsos.

—¡Adiós! —gritó Victoria, saludando con la mano y echando a correr.

El autobús suspiró hasta pararse al otro lado de su cancilla, pescó a Victoria y siguió bamboleándose hacia Bridbury. Laura se relajó contra la jamba de la puerta, mirando la cancilla por la que Victoria acababa de desaparecer, una niñita fuerte con una fea túnica de gimnasia, la cartera dando sacudidas, los pétalos lloviendo de su ramo,

el estuche de música zangoloteando por el asa de metal que sostenía en la mano. Ahí va mi hija, pensó curiosamente, como si nunca la hubiese visto antes, y se dijo: La verdad es que no tenemos ni idea de lo que ocurre. Cuando Victoria era más pequeña, todo se nos antojaba hermoso y fácil. No había forma de equivocarse, todas las flores que cortaba y juntaba en ramos eran para ella. Pero las hijas, de pronto, se escabullían, se largaban entre una lluvia de pétalos, agitando la mano en un saludo indiferente. La puerta del autobús se cerraba con un clic de ratonera. Se habían ido.

Volvió despacio al comedor. Las sobras del desayuno se veían frías, horribles, como los restos momificados de un banquete de hacía un millar de años. Pero se sentó entre ellas y se sirvió una última taza de té. Ay, ¡qué rico! «Ahora —le dijo la casa a Laura— estamos solas. Ahora vuelvo a ser tuya.» De las rosas amarillas del jarrón se desprendió media flor con un suave desplome repentino sobre la madera pulida, un tablón crujió en la escalera, gorgoteó una cañería distante. Conocía todas las vocecitas de su casa como nunca, mejor que cuando había más gente bajo aquel techo. Entonces resonaban alegres ruidos durante todo el día. En la cocina, cofias y delantales daban chillidos de alegría por los tentempiés de pan y queso a media mañana. El mozo del carnicero llegaba silbando a la puerta de atrás, con una limpia bandeja de esmalte blanco al hombro, sobre la que descansaban una pierna de cordero, que parecía recién espolvoreada, y ocho chuletas rojas y blancas, minúsculas y perfectas, como viandas de casa de muñecas pegadas con cola. «Buenos días, señora», decía, tocándose la frente con amabilidad si veía a Laura. «¡Señora! —llamaban las voces—. ¿Está ahí, señora?» El teléfono sonaba sin cesar en aquellos veranos petrificados en el recuerdo.